

Oscar Cerruto
Morada de ébano

Fue aquel para la familia un día de agitación. Madrugaron todos, como siempre, pero la nerviosidad de la madre imprimió a los afanes ordinarios un apremio injustificado, puesto que el tren sólo llegaba al atardecer.

Mientras tomaban el desayuno, Clara, la hija mayor, preguntó:

—¿Has decidido, al fin, donde lo instalaremos?

Aunque habían discutido y resuelto muchas veces ese punto, la anciana consideró unos instantes la cuestión, antes de responder. Bebió un sorbo de café, se golpeó ligeramente la barbilla con los dedos y al fin dijo:

—Me gustaría que quede en la sala, donde hay más luz, pero ya sé que a ustedes no les agrada. ¿No es así?

Ninguna de las muchachas contestó.

El sol lamía ya el umbral de la habitación, como un perro humilde que no se atreve a entrar sin ser llamado. Afuera oíanse los primeros pregones. El peluquero, en la acera de enfrente, barría su puerta y saludaba a los madrugadores que pasaban por la calle. Algo más allá chirriaba la cortina metálica de la farmacia.

Una a una las jóvenes levantaron la cabeza y afrontaron la mirada de doña Virginia. Ana, la menor, habló esta vez:

—Bien sabes que no es el sitio adecuado, mamá. Recibimos visitas; una caja mortuoria no es lo mismo que un piano.

—¡Bah, tontas! —repuso la anciana con alegre desprecio.

Hubo un silencio— Las muchachas se dirigían, unas a otras, breves miradas ansiosas.

—Es que ya sabes —prorrumpió Guillermina, parca en palabras de ordinario— que nos cuesta avenirnos a tu extraña ocurrencia. Esa caja, aquí, pesará en nuestro ánimo, a todas horas, como una amenaza. Parecería que estuvieses cansada de... de tus hijas... ¡Como si quisieras anticiparte a los deseos de Dios, mamá!

—¿Por qué no dejas esa preocupación, como todos, para el día, lejano por suerte...? —agregó Ana sin completar la frase, según solía hacerlo con frecuencia cuando hablaba.

—¡No sean mojigatas, por Dios! Ya me han repetido lo mismo cien veces. No pienso morirme todavía, ni estoy cansada de ustedes, ¡qué zoncera! Pero déjenme con mi idea. Además, la muerte es un suceso natural, que todos debemos esperar con llaneza. Sólo la gente necia se asusta de ella.

Dejó su taza ya vacía, y anunció:

—Lo voy a poner en mi dormitorio. Pero no por ustedes, sino por mí. Deseo que esté al lado de mi cama, para mirarlo al acostarme y en la mañana, al despertar.

Y como sus hijas no hicieran ningún comentario, añadió:

—Ustedes no lo han visto. No saben lo hermoso que es.

Doña Virginia se atavió, al atardecer, con sus mejores galas, y encaminóse temprano a la estación. Deseaba estar presente a la llegada del tren, vigilar la descarga del cajón. Sabía que los trámites para retirarlo no podrían cumplirse aquella misma tarde, pero quería prevenir cualquier torpeza de los porteadores. ¡No fuera a ser que esos atolondrados lo dañaran! Lo había elegido ella misma en La Paz (hizo un viaje con ese solo propósito, a riesgo de enemistarse con los carpinteros de Corocoro) en ébano oscuro de hermosa factura, manijas doradas y una corona con una cruz en la tapa. Quería ser enterrada sin pompa, sobriamente, como correspondía a su condición de mujer sensata y piadosa; pero, después de entregar su alma a Dios, dormir el último sueño, el más largo de todos, en una caja confortable, tapizada de raso acolchado. ¿Por qué no? No era un lujo postrero. Su existencia ruda y atribulada no le permitió abandonarse jamás a ningún fausto, a ningún goce superfluo. Su único sosiego sería el definitivo, y a ese lecho de ébano llevaría su amor, su resignación, sus sufrimientos.

Cuando el tren se anunció a lo lejos, el largo silbido hizo latir su corazón fatigado. Sentía el calor de la sangre en sus mejillas; hacía tiempo que la emoción no las caldeaba con ese fulgor de dicha.

Llamaron a la puerta.

—¿Qué andas haciendo a esta hora? —interrogó la anciana desde el lecho. ¿Qué ocurre?

La vieja sirvienta, con los ojos bajos, evitaba mirar al otro lado de la cama, donde se hallaba el cajón, como un dios cruel cuya cólera se teme despertar.

—Es el administrador de la casa Aldana. Pregunta si irá usted mañana a hacer la entrega del combustible a la pulpería de la mina.

—Un momento. ¿En qué estoy pensando?

La sirvienta dejó una taza de infusiones, humeante, sobre la mesa de noche.

—Ah, sí. Por supuesto. Dile que iré. ¿Se han acostado las niñas? No te olvides de apagar las luces y soltar al perro. Anoche lo dejaste atado y el pobre animal lloró como una persona. ¿Crees que los perros no tienen sentimientos? Te estas poniendo vieja tú también. Puedes retirarte. Buenas noches, Ramona.

Tomó la bebida caliente, a pequeños sorbos. El féretro estaba allí, a su lado, desde hacía algunos días, cubierto por una gruesa manta de lana oscura que ella misma le echaba encima todas las noches y que retiraba en las mañanas, para pasarle un lienzo,

amorosamente, por la brillante superficie, deteniéndose a limpiar con esmero cada una de sus guarniciones. Lo miró una vez más antes de apagar la luz.

—Hace frío esta noche —le dijo, dirigiéndose al cajón como si hablara a una persona. —¿Estás bien abrigado? Anoche te oí quejarte, crujías. ¡Pobre! Y eso que tú no tienes los huesos viejos, como yo; yo siento frío siempre. Me gustaría dormir dentro de ti; así nos abrigaríamos los dos. Pero mis hijas se escandalizarían. No comprenden, no pueden comprender. Tú sabes cómo son.

Hizo una pausa y suspiró.

—Ya ves cómo ahora apenas vienen a verme, cuando estoy aquí contigo. Se diría que te tienen miedo. ¡Es ridículo! ¿Qué piensas tú? ¿Que te odian? ¡Oh no, no digas eso! Me resisto a creerlo. Claro, te juzgan como a un intruso, eso sí. Cuchichean acerca de ti; yo las siento. Pero no las censures, son demasiado jóvenes, y se sienten un poco desplazadas, un poco celosas... Eso es todo.

La población dormía en torno suyo. Solo de vez en cuando se oía bajar desde los cerros el chirrido de un andarivel, como un grito de pájaro extraviado en la obscuridad. El viento del altiplano cruzaba la noche tropezando en los tejados y sacudiendo puertas y ventanas, o ululaba lastimosamente en los confines de la pampa.

De pronto la anciana se sobresaltó. El perro había ladrado. Le pareció oír que la llamaban. Unos pasos resonaban alejándose. Era en la calle; una voz de hombre, quizás un borracho que hablaba con la soledad nocturna.

En otro tiempo el acostumbraba a llamarla, al volver a la casa y ver luz en su habitación. La llamaba y luego subía en dos trancos la escalera, sin preocuparse del ruido o de la hora. Abría la puerta, y la casa se llenaba de su risa y de su turbulencia. Era feliz. Viéndole llegar siempre explosivo y alegre, se olvidaba de sus desazones, y reía con él. No importaba ya, teniéndolo a su lado, que la hubiese abandonado tres días, a veces una semana, como ocurría a menudo. Sufría a solas, sabiendo que él se divertía en alguna parte, tal vez con otras mujeres, bebiendo sin tregua, hasta agotar el último centavo y la última demanda de crédito. Le bastaba verlo llegar para que sus padecimientos se borrarán como las letras que escribe el aire en el cristal del agua.

Se habían casado enamorados. El era ingeniero de minas, en Oruro, pero duraba poco en sus cargos. Su juventud impetuosa, su temperamento no se conciliaban con las exigencias de las empresas. Lo conoció en un baile; tenía una esbelta figura y unos bigotes de guías altas, que, la sedujeron. Era fama que ella había rechazado los mejores partidos de la ciudad, y aunque esta vez sus padres se opusieron resueltamente a esa unión precipitada, ella insistió, amenazó con el suicidio, se deshizo en lágrimas. El matrimonio se produjo antes del mes.

Después del viaje de bodas, se instalaron en Oruro. El obtuvo un empleo con buena renta en la mina La Salvadora, que perdió al cumplir sesenta días. Le gustaba divertirse,

exprimirle a la vida ese sonido vibrante, alto, que el buen tocador le arranca al instrumento. Sólo que se encarnizaba en que la percusión de la cuerda se mantuviera siempre viva.

Estuvo unos meses sin trabajar; las primeras joyas de Virginia desaparecieron entonces. Otro tanto ocurrió con otros tantos empleos. Hasta que, con la ayuda de un amigo de la familia, le adjudicaron esa plaza en Corocoro. Allí se fueron. Y allí empezó la vida de súbitas ausencias, de esperas angustiosas, de felicidad intermitente. Vinieron las hijas. Ella casi estaba familiarizada con esa forma de existencia. No había dejado de amarlo, y las hijas, ahora, la ayudaban a soportar los abandonos del esposo.

Pero, de repente, una noche no volvió mas. Paso una semana, pasaron quince días. Desesperada, Virginia comenzó a indagar casa por casa, rastreó la población en todos sentidos. Ninguna señal. Tal vez se había trasladado a Charaña, a La Paz, a Oruro; tal vez... Telegrafió a sus parientes, a sus amigos, a las autoridades. Las respuestas eran siempre negativas; nadie lo había visto, nadie sabía nada. Como si la nada lo hubiera atrapado en sus fauces. Virginia nunca más volvió a saber de él.

Quedó con las tres hijas y con los pagarés del marido. Cinco años tenía la mayor. Las niñas miraban las lágrimas de la madre sin comprender; estaban habituadas a las ausencias del padre. Ella abrió su portamonedas y vio que le quedaban veinte pesos. No podía, no quería apelar a la familia. Lucharía contra el infortunio. Sola.

Y así lo hizo. Se reconcentró en sí misma. Reunió todas sus energías en un puño, y salió a pelearle a la adversidad. Tenía que defender tres destinos informes, frágiles, y defenderse ella, no menos amenazada. Comenzó vendiendo un puñado de coca entre los indios; luego amplió el radio de sus afanes y la extensión de su industria. Intervino en algunas transacciones que le dieron crédito y experiencia. Trajo productos de La Paz, luego de Chile. Más tarde compró tierras, parcelas de cultivo, pequeñas, que vendió a mejor precio. Pudo adquirir la casa en que habitaban. Se convirtió en proveedora de las pulperías mineras. Era respetada; se la consideraba, se la admiraba y hasta se la temía. Las niñas crecían y ella vigilaba celosamente la formación de sus vidas. Las quería fuertes y enteradas, capaces de luchar mano a mano con el mundo, ellas también, si acaso era necesario. Quizá no lo fuera. Ahora eran mujeres templadas por el ejemplo de su madre, y su colaboración aliviaba el trajín de la anciana en sus últimos días. Había logrado reunir un pequeño capital, y eso las ayudaría a ser libres; las pondría a cubierto de cualquier contingencia.

Con los ojos semicerrados contempló el cajón, que se alzaba, imponente y solemne, en la penumbra.

"Mi aspiración se ha cumplido. Al fin esta aquí. Dormiré contenta en su abrazo, sabiendo lo hermoso y gallardo que es. Sí, gallardo como él. He esperado tanto tiempo...

inútilmente. Dios quiso que así sea. Todas mis ansias y mis cuitas, lo que me negó implacablemente la vida, reposarán conmigo en este abrigo estrecho"...

—¡Virginia!

Esta vez no era una ilusión.

La voz resonó en la calle, poderosa, real.

—¡Virginia!

—¡Juan, sí, Juan!

Pronto sus pasos conmovían reciamente la escalera.

—¡Virginia! ¡Aquí estoy!

—¡Eres tú! Pero, Juan... ¡Cuanto tiempo! ¿Estas bien? Me tenías intranquila. ¿Dónde has estado tantos años? En fin... no importa. Si te incomoda, no me lo digas. ¿Quieres algo? ¿Deseas que te prepare alguna cosa? ¡Y qué joven estas! Apenas si has cambiado. No, yo no, yo estoy muy vieja. Las niñas han crecido, son ya mujeres; te extrañaban mucho. Te extrañábamos... ¿Por qué no te sientas? ¡No estas cansado?

Se estremecía la casa con la risa jocunda del hombre.

—Ah, sí, el cajón. Es una idea mía, ¿sabes? Fue mi única ambición en este último tiempo. Qué tonta he sido, ¿verdad? ¡Pero ahora estas tú aquí!

—En el pueblo todos hablan de él. Van a pensar que estás loca. Se dice que tiraniza a mis hijas, que las humilla y amedrenta. ¡Qué padrastro les has buscado, Virginia! Ahora que he vuelto no quisiera verlo en nuestro dormitorio.

—Naturalmente, Juan. Haré que se lo lleven. Naturalmente.

—Virginia...

—¿Juan?

—Tenias veinte pesos en el monedero cuando me fuí.

—Sí, aquí los tengo aún. ¿Los necesitas? Espera un poco... sí, aquí están, tómalos, tómalos. ¿Pero adónde vas, Juan? No te alejes por mucho tiempo esta vez. ¡Juan!

A lo largo de la calle desierta corrían sus pasos y su risa varonil, despertando al silencio asentado sobre las piedras.

Fue una mañana de ajeteo, al día siguiente, para doña Virginia y su hija Clara. Hubo un desacuerdo entre la casa Aldana y la administración de la empresa minera Pampamaya y allí tuvo que ir la anciana a imponer su autoridad. Había llovido esa noche; las calles, los caminos estaban intransitables, y los coches se negaban a subir las pendientes empinadas. Hombres y mujeres de piel atezada y con los reflejos del metal de Pampamaya las saludaban al pasar. Volvieron cubiertas de barro, luchando contra el viento que arrastraba su gran capa húmeda y fría por los charcos del camino.

En la casa las esperaba una noticia.

—¡Ha llegado nuestro padre! La anciana quedó perpleja. Hacía mucho tiempo que allí no se pronunciaba esa palabra.

—¿Quién?

—Mi padre —repitieron a un tiempo Ana y Guillermina.

—¿Dónde está? —preguntó Clara.

—En el hotel Ferrocarril.

La anciana hacía esfuerzos por reponerse.

—¿Cómo lo saben? —indagó.

—Por el propio hotelero, don Federico; estuvo aquí a informarnos.

—Bien, si es así, ya vendrá, si quiere. No se hable más. Cada una a lo suyo. Vamos a almorzar.

—Es que... —Ana titubeaba. Doña Virginia le lanza una mirada severa. —Es que, mamá, ha preguntado por nosotras. Vuelve enfermo... y no se atreve a venir.

—¿No se atreve a venir? ¿Y por qué? ¿No somos su familia? ¿No es esta su casa?

—¿Podemos ir a buscarlo, mamá?

Llegó con paso claudicante; de la punta de los labios le colgaba una sonrisa amarillenta. "Ha envejecido", pensó la anciana. Quizá no tanto como ella, pero estaba quebrado. No era sino un vago recuerdo del que fue su marido, una sombra.

¿Cómo preguntarle dónde había estado, por que las había abandonado sin decir palabra, por qué no había escrito nunca?

Era el marido; era el padre. Las cuatro mujeres lo rodearon solícitas, lo cubrieron de halagos, se desvivieron por prodigarle atenciones y cuidados, turnándose para mantener siempre encendida junto a su lecho de enfermo la amorosa lumbre de sus desvelos.

Pero estaba ya quebrado; murió a los cinco días. Lo enterraron en el hermoso cajón de ébano con una corona y una cruz de metales dorados en la tapa